

BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

Hong Kong bajo la lluvia

Fotografías de David J. Clarke

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Fuera de sí. Contemporáneos, 25

© Blas Piñero Martínez, 2023

© De esta edición: Festina Lente Ediciones S. L. U., 2023
Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre, 2023

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones
C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinador editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
Fotografía de cubierta: © David J. Clarke. *Un paraguas y otros artículos cubiertos con caligrafía china por Tsang Tsou Choi (conocido popularmente como el Rey de Kowloon), en una exposición sobre él llevada a cabo en un centro comercial de Kwun Tung, Hong Kong, 19 de enero de 2008.*
Fotografías de interiores © David J. Clarke

ISBN: 978-84-17594-77-0 | THEMA: WTL, 1FPCH | Depósito Legal: M-24112-2023
Imprime: Cofás | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	(15)
EL TIEMPO DAÑADO	(21)
EL ESPACIO DAÑADO	(83)
EPÍLOGO. LA VIDA DAÑADA	(225)

A mi hijo Elías

Les écrivains commencent à se dire de l'Univers... Parfois il arrive que l'un d'eux se mette en voyage, pousse jusqu'à Hong Kong, passe la nuit avec une Jaune. Puis il revient, on le regarde, on l'invite à parler... Il connaît la Chine !

HENRI MICHAUX, *Ecuador* (1927)

Another day of rain, on my rusty emotions. My thoughts chase one another in and out of wreaths of smoke. Gently opening the window, I see raindrops blinking on a branch. Water slides down the leaves with the fluid steps of a dancer. I turn on the radio. God calling. Probably a good time to go out.

LAU YEE-CHEUNG (LIU YICHANG), *The Drunkard* (1962)

What is unique about Hong Kong, however, is precisely... an awareness of impure origins, of origins as impure.

REY CHOW, *Between Colonizers: Hong Kong's Postcolonial Self-Writing in the 1990s* (1992)

Every day, in this city there are always some things or other quietly bidding us farewell, and then gradually disappearing.

SAI SAI (XI XI), *My city – A Hong Kong Story* (1975)

Living in interesting times is a dubious advantage, in fact, a curse according to an old Chinese saying. Interesting times are periods of violent transitions and uncertainty. People in Hong Kong, faced with the prospect of 1997, clearly live in interesting times. The city's history has always followed an unexpected course—from fishing village to British colony to global city to one of China's Special Administrative Regions, from 1 July 1997, onward.

ACKBAR ABBAS, *Hong Kong, Culture and the Politics of Disappearance* (1997)

All memories are traces of tears

WONG KAR-WAI, de la película *2046* (2004)



INTRODUCCIÓN

1

Hong Kong es un monstruo sagrado, *le monstre sacré*, como ya nos lo advertía Joseph Kessel en el testimonio de su visita a Hong Kong en 1955, seis años después de la llegada de Mao Zedong al poder en 1949 y cuando la ciudad era una colonia británica en plena transformación que recibía a diario hordas de refugiados que provenían de la China interior. Unos refugiados que escapaban de cualquier manera de otro infierno, el infierno del maoísmo, para meterse en otro infierno, en una colonia que todavía no se había recuperado de la ocupación japonesa de los años cuarenta, los años de una economía que había quedado completamente arrasada, una economía que se mantenía principalmente por las grandes industrias navieras locales ya defenestradas. Hong Kong, una ciudad que parecía haber nacido como una visión idealizada de Shanghái y Londres, así como de la tensión que se producía con el choque emocional (el paisaje de la memoria de lo perdido) y cultural que se creaba entre esos dos modelos, se reinventaba entonces como un espacio nuevo de libre mercado según el modelo del capitalismo más puro, un experimento británico, como el que Sir John Cowperthwaite implantaría oficialmente en 1971 y que recibiría el nombre de no-intervencionismo positivo, aunque ya venía funcionando desde mucho tiempo atrás. En este espacio, iban a florecer no solo cien escuelas de pensamiento, como proponía Mao Zedong por esos mismos años, sino numerosas factorías pequeñas de no más de

Fotografía: *Reflejo en un charco de lluvia*, Universidad Politécnica de Hong Kong

cien trabajadores, fábricas de productos textiles, de menaje de cocina y de aparatos electrónicos de todo tipo —estos últimos a menudo de productos japoneses o imitaciones taiwanesas al uso—, y todo ello confeccionado o facturado en la era de la reproductibilidad técnica y la ubicuidad por una mano de obra marcada por la violencia y el trauma, una mano de obra dispuesta a venderse a cualquier precio con tal de proveerse con un nuevo futuro en la Colonia Real del Imperio británico, lejos de los campos de la muerte de la utopía maoísta. El año 1955 fue en realidad el año en el que se empezaron a construir los cimientos del Hong Kong moderno, ese mismo Hong Kong que iba a empezar a desaparecer en 1997, el monstruo sagrado de la analogía hongkonesa de Kessel.

2

Releo la apelación del autor francés sobre Hong Kong y su monstruo sagrado. ¿Se hubiese atrevido alguien a llamar monstruo sagrado a Hong Kong en los años cincuenta del pasado siglo? La apelación del autor francés parece una premonición, casi una provocación antes de tiempo, o al menos antes de que otros la considerasen un monstruo sagrado. Un monstruo sagrado es un ídolo de veneración pagana, un ente lejano e inaccesible que representa lo imposible y lo prohibido, y que causa espanto. Nadie en Hong Kong hubiese descrito la ciudad en esos términos, no al menos hasta los años cincuenta. Y predice ya las tres características que según el poeta danés Søren Ulrik toda ciudad debe tener para ser digna de ser considerada: compleja, caótica y sobredimensionada.

3

Hong Kong, dicen, es una herida mal curada y la revelación de una melancolía que fascina por la belleza con la que se manifiesta y que paradójicamente acaba engendrando lo que el psiquiatra americano Robert J. Lifton ha definido como la normalidad maligna, que aparece cuando una sociedad se crea unas expectativas que son tan destructivas como aceptadas ordinaria y legalmente; una malignidad que rompe todos los modelos ideológicos de las tradiciones humanista e idealista, que han identificado en nuestra educación europea lo bello con lo bueno. Hong Kong es la perturbadora revelación de esa normalidad maligna, de ese un monstruo deprimido que se daba por muerto y que se despierta súbitamente para devorarnos no sin antes seducirnos con su inquietante belleza, aquella belleza que ha sido capaz de matar lo poco que quedaba en nosotros de lucidez e inocencia. Hong Kong es la melancolía que nace de una inocencia perdida y que nos negamos a reconocer que se haya perdido, de un tiempo y de un espacio dañado que nadie es capaz de arreglar, y es esa malignidad que se manifiesta en nosotros cuando se pierde por completo esa mirada inocente que es tan necesaria para vivir. Hong Kong es la nueva síntesis del infierno del taoísmo y el budismo bajo el Cielo, al que sin duda la cultura europea ha sabido aportar su gloriosa tradición cultural, su Milton y el legado del lenguaje alegórico de su *Paradise Lost*, el lenguaje de la expulsión del Edén o la creación de la ciudad, donde aparecen el Paraíso y la Caída, es decir, el espacio ambiguo de la consciencia de la pérdida y el nacimiento del mal, como se intuye sin aceptarlo completamente el mesianismo de la redención. Como todo Infierno que se precie, Hong Kong ha sabido crear un paralelo en su propio Paraíso, o sus propios paraísos artificiales,

aunque suene redundante: todo paraíso, al fin y al cabo, es siempre un paraíso artificial con fecha de caducidad y un espacio de convivencia idealizado igual de artificial. Puesto que no hay infierno sin paraíso y en Hong Kong lo han comprendido desde su fundación el 29 de agosto de 1842 (pongamos esta fecha sin ánimo de ofender a nadie, que es cuando un frustrado gobierno imperial de Qing reconoció la cesión de la isla de Hong Kong a la corona británica en el Tratado de Nanjing tras la primera guerra del Opio, aunque los británicos ya habían ocupado el noroeste de la isla desde el 25 de enero de 1841 y reclamaban esas tierras como suyas y las denominaban Victoria), pero tampoco hay paraíso sin un infierno. La cuestión filosófica que siempre ha existido entre los hongkoneses de todo origen y estatuto social, y que todavía no ha desaparecido hoy día es qué vino primero: si el infierno o el paraíso, y, como suele suceder en estos casos, la respuesta depende de cómo le ha ido en la vida a uno. Imagino que si se vive en un apartamento en una zona residencial en la bahía de Repulse Bay (o Tsin Shui Wan, su nombre cantonés, que es la lengua de Hong Kong), en el distrito sur de la isla, con vistas a las aguas serenas del mar de la China Meridional, y rodeado de estrellas del mundo del espectáculo, de banqueros, expatriados ricos o magnates que se han enriquecido obsesivamente en el mundo inmobiliario, la opinión debe diferir significativamente de si se vive, como una gran parte de la población de Hong Kong, en un cubículo, en una jaula, en cantonés *lùhngük* 籠屋 (literalmente, la casa del dragón), o un fétetro, que es como también se llama a esos cuartos diminutos de unos cinco metros cuadrados —pueden ser más grandes, ciertamente, pero también pueden ser más pequeños—, que se crearon en los pisos subdivididos (*subdivided flats*) en el distrito de Sham Shui Po, en el noroeste de la península de Kowloon, o en un

piso en un edificio de protección oficial no mucho más grande que las unidades de Sham Shui Po en el distrito de Kwun Tong, un antiguo barrio obrero, o en Shek Kip Mei Estate o Choi Hung Estate, también en la península de Kowloon.

4

Hay un eje invisible entre dos extremos del distrito de Sham Shui Po en Kowloon y el área residencial de Repulse Bay en la Isla de Hong Kong que me han ayudado a comprender la ciudad y su dialéctica, esa coincidencia entre opuestos de la que hablaba el arquitecto y urbanista alemán Oswald Mathias Ungers y que definen toda ciudad. No sé si alguien que conoce Hong Kong ha llegado a la misma conclusión que yo, pero es una de esas líneas rectas que no solo dividen mundos, sino que los hace visibles. La línea necesaria, aquella que excluye e incluye al mismo tiempo, y que necesitamos en toda definición. A mí al menos me ha ayudado. Esa línea no es infinita y la limitan dos polos opuestos y equidistantes, y una gradación entre ellos cuyo centro debe existir (estoy seguro de ello) y siempre he anhelado encontrar; un centro que alude a una comprensión más profunda de la ciudad que siempre se me ha escapado. Un centro que, presiento, aún una dimensión vital dañada.

EL TIEMPO DAÑADO



5

Nunca me ha gustado la Torre del Reloj en el sur de Tsim Sha Tsui, y hoy, que la he vuelto a ver bajo un cielo gris y nublado y envuelta en una bruma que apenas dejaba percibir sus contornos, me ha causado una profunda melancolía. Unos pocos turistas venidos del interior de China se afanaban en fotografiarla, ya que el día amenazaba lluvia, como tantos días en Hong Kong, y a esas horas de esa tarde estival de calor sofocante no apetecía estar en la calle. Se trata de una construcción relativamente tardía, casi desesperada, de una estación de tren que unía Kowloon con la ciudad de Guangzhou (Cantón). El proyecto se demoró varios años y solo en 1915, al inicio de la Primera Guerra Mundial, pudo darse por finalizada. La escasez de recurso provocó que para el reloj se empleara otro reloj más antiguo, el de la Torre del Reloj de Pedder Street, en el distrito central de la isla de Hong Kong, ahí donde nació el Hong Kong británico. Las dos torres son idénticas y, como suele suceder con varias muestras de la presencia británica en Hong Kong, la Torre del Reloj de Pedder Street fue demolida en 1862 para luego resucitar en otro lugar, la terminal de la estación de ferrocarriles de Kowloon al otro lado del mar, en la península. La obsesión británica por los relojes y los calendarios, y por crear con los relojes un icono en la ciudad, fracasó en un primer momento ahí donde se habían ubicado, en el origen y fundación de la nueva colonia, y solo después, junto con otra obsesión británica, los ferrocarriles que iban a servir para unir su imperio, a los nuevos colonos les surgió la idea de resucitar su icono londinense, su

Fotografía: *Escena de calle lluviosa*, Morrison Street, Sheung Wan

Big Ben al uso en unas tierras ganadas ilícitamente, palmo a palmo, en las guerras del Opio. Sin embargo, la Torre del Reloj de la antigua estación de trenes de Kowloon-Cantón iba a quedar sepultada entre innumerables rascacielos y otras construcciones, sobre todo por la fachada del majestuoso Puerto de Victoria, que en gran medida iban a ser más icónicas que esa torre construida con ladrillos rojos y cuya cima coronaron con un pararrayos metálico todavía hoy existente que la dota de cierto aire ridículo.

6

La Torre del Reloj de Tsim Sha Tsui es considerada hoy día un monumento en la lista de los monumentos que pronto dejarán de serlo, un vestigio de otra época. No muy lejos del muelle de la Star Ferry, de donde salen los transbordadores, está el célebre ferri de Hong Kong, que une la península de Kowloon con la isla, pero hay un par de aspectos de esta construcción fálica, símbolo de la prepotencia de un imperio que luchaba por mantener su hegemonía colonial en un siglo que ya amenazaba en sus inicios con despojarle de todas sus posesiones, que me han llamado siempre la atención. La primera es que el reloj sigue funcionando como lo hizo desde el principio, y la segunda, que no me la esperaba, es que quienes se consideran los habitantes de Hong Kong sostienen una opinión parecida a la mía: no les gusta en absoluto esa construcción, la encuentran fea, incluso tacaña, ya que, debido a la escasez y poco presupuesto, se emplearon materiales baratos para construirla y se tardaron varios años en completarla; incluso les produce cierta depresión. La torre representa en Hong Kong algo más que un simple

reloj de gran tamaño para viajeros que no deben perder un tren. Representa algo mucho más profundo y que iba a causar un impacto en la población de origen chino de la época: la incursión del tiempo a la occidental, de *chronos*, el tiempo medible y limitado por un reloj, en lucha constante con *kairós*, el tiempo absoluto, el tiempo abisal e inconmensurable, la noche de los tiempos, en una sociedad cuyas coordenadas para comprender el tiempo se regían por otros parámetros. El tiempo o, mejor dicho, la introducción de la conciencia de tiempo, del paso del tiempo y de la verdadera tragedia que ello supone en una sociedad de campesinos y pescadores cuya concepción de tiempo se limitaba al paso rítmico y predecible de las cuatro estaciones y al respeto de lo que se debía hacer en cada una de ellas, va a convertir a los hongkoneses, tanto a los nuevos, a quienes van a llegar masivamente a la isla atraídos por la prosperidad económica y la falsa promesa de la libertad, en esclavos de ese tirano con el que el dios cruel Cronos castigó al hombre en Occidente. El tiempo se va a convertir en el elemento de civilización clave, esencial, mortífero de la corona británica, y en el cáncer de una sociedad que va a verse penetrada por él sutilmente hasta elevarse al rango de obsesión colectiva. Esa conciencia aguda, exacerbada, incluso pervertida, del paso de tiempo se va a traducir en las gentes de Hong Kong en una relación de amor y odio con los relojes. No he conocido una sociedad más obsesionada por los relojes de todo tipo, de pulsera, despertadores, de pared, digitales, de bolsillo, analógicos, de salón, de cuco, incluso relojes de arena, que ni siquiera la llegada de los teléfonos inteligentes ha podido suprimir. Hay un tipo de establecimientos en Hong Kong que me ha llamado poderosamente la atención, y que se dedica a reparar relojes o que sirve a menudo como cementerio de

relojes rotos ya inservibles. Son establecimientos que a los ojos de muchos hongkoneses gozan de un estatuto casi sagrado, y sus dueños, o quienes trabajan ahí, que reparan los relojes o viven sepultados entre ellos, parecen poseer el halo de un brujo o un sacerdote; son seres que habitan un estadio superior de la existencia humana y misterioso capaz de devolverte a ese ámbito inefable. ¿Para qué sirve reparar un reloj en estos tiempos? ¿Qué hay detrás de ese rito? Por lo general, al reloj fallido se le abandona con odio y resentimiento en esos cementerios de relojes porque seguramente ha fallado a aquello que está oculto en lo más profundo de la psique de un hongkonés: su relación individual con el tiempo, que al fin y al cabo representa aquello que le une y acompasa con el colectivo; pero ¿repararlo?, ¿darle una segunda vida? Quizá pueda entenderse como un acto de recuperación de todas esas horas y minutos que pasaron juntos, de todas esas órdenes implícitas que había en esas mismas horas y minutos pasados, o como nostalgia a la ética del reloj, implacable, fiel a un orden cósmico que une al hombre con el universo. Es sabido que hay pocas cosas en Hong Kong que produzcan un mayor malestar mental que un reloj roto.

7

En junio de 1953 y con motivo de la coronación de la reina Elizabeth II, la Torre del Reloj fue profusamente decorada con bombillas que se encendían y apagaban a un ritmo marcado en todos sus perfiles y contornos, así como el resto de edificios de la estación de ferrocarriles de Kowloon-Cantón, lo que le dio un aire de feria nocturna que fue bien recibida por la prensa local.



Escena de calle en tiempo de lluvia, Des Voeux Road West

8

Al este de la calle de Pedder Street, poco después de que fuese demolida la Torre del Reloj, se construyeron los principales bancos de la ciudad: la Mercantile Bank, la Chartered Bank o la actual Hong Kong & Shanghai Bank Corporation (HSBC). La zona acabó convirtiéndose en el corazón del imperio financiero de la poderosísima y monstruosa Hong Kong Land Investment and Agency Company Limited, fundada en 1889, encargada de gestionar las tierras y las propiedades de Hong Kong y que todavía sigue vigente.

9

Ahora recuerdo el enorme valor que mi padre siempre ha dado a los relojes de pulsera, y su insistencia en que me llevase el reloj de oro que me había regalado para mi primera comunión cuando lo visité la última vez en Barcelona y yo residía en Hong Kong. Entre tanto viaje, siempre pensé que el mejor lugar para no perderlo era que permaneciese en la casa de mis padres. Para él, el reloj de pulsera sigue diciéndole a un hombre lo que es: el tiempo y su control, el dios Cronos victorioso sobre el impredecible y oscuro *kairós*, y, si además Cronos es de oro, ello me iba ayudar en Hong Kong.

10

Si hay un texto en donde el tiempo en Hong Kong bajo todas sus manifestaciones encuentra su máxima expresión literaria es *Intersection*, la novela de 1972, reescrita en 1993, de Lau Yee-cheung (Liu Yichang), autor de

Shanghái que encontró en Hong Kong su hogar y donde poder realizar una obra de fuertes tintes modernistas que le hubiese sido imposible escribir en el régimen socialista de Mao Zedong. La historia, cuyo título intraducible hace referencia a dos sellos complementarios, uno en la posición normal junto al otro en sentido inverso, se sitúa en el Hong Kong de los años setenta del siglo pasado y cuenta la historia de dos personajes que sueñan y divagan con sus vidas en un continuo vagabundeo por las calles. Los dos personajes son un hombre de mediana edad Chunyu Bai, que ya intuye su vejez y que solo vive en su pasado, y la joven ingenua Ya Xing, que solo piensa en el futuro y que ha erradicado por completo su vida pasada, que le resulta traumática. Los dos acaban de llegar a Hong Kong, los dos son exiliados, inmigrantes, como la mayoría de la población que llegaba masivamente a Hong Kong durante esos años de prosperidad económica. Los dos viven en el mismo lugar, pero en diferentes ámbitos temporales, y solo Hong Kong con sus calles bulliciosas y sus paneles con caligrafías gigantescas, sus tiendas vistosas, sus tranvías y su modernidad, que representan el presente en sus vidas, es su punto en común, su intersección, pero que está constantemente ausente. Para Chunyu Bai, el futuro incierto es un trauma; pero para Ya Xing, que anhela convertirse en una muñeca y un objeto de deseo, es el pasado, muy preciso y claro, un pasado miserable, que es considerado como un trauma. Los dos perciben cómo el tiempo se ralentiza en las calles de Hong Kong y al mismo tiempo se acelera desesperadamente y buscan orientarse sin el menor éxito. Una avenida, Nathan Road en el oeste de Kowloon, la Quinta Avenida de Hong Kong, se revela como el símbolo de ese mundo, y el distrito de Mong Kok, como el área que materializa la